eterna sabe y toda deuda paga. Y también dice que *sabe a esencia divina.*

¿Cómo ha de extrañar, sabiendo esto, que a tiempos anduviera como fuera de sí y dijera ya no estaba para tratar con los hombres, y Santa Teresa dijera de él que se trasponía y trasponía a quien le escuchaba.

¡Cuánto me extendería si quisiera transcribir aquí palabras de Santos diciéndonos estos gozos inefables que más parecen de cielo que de tierra! ¡Qué deliciosos ratos he pasado leyendo sus palabras y cuánto han alentado mi ánimo! Sólo quiero poner muy pocos testimonios y muy breves en que se nos describe esto.

San Jerónimo escribe de su oración en lugar apartado: «*El Señor me es testigo; después de muchas lágrimas y de tener los ojos fijos en el cielo, algunas veces me parecía que estaba entre los coros de los ángeles y con alegría y gozo cantaba: en pos de Ti, Señor, correremos al olor de tus virtudes.*»

Y también: «*Creed, hijas, a un viejo experimentado. Si una vez gustáis cuán dulce es el Señor, de El podréis haber oído esta palabra: Venid y os mostraré todos los bienes. Y entonces mostrará tales cosas cuales nadie las puede conocer sino el que las ha probado.*»

«*Sé lo que me digo..., y confesándoos mi ignorancia, digo que yo, hombrecillo tan desprecia-*

ble y tan vil en la casa del Señor, viviendo en este cuerpo me hallé muchas veces entre los coros de los ángeles sustentándome por algunos días con la dulzura de este manjar... Mas cuán grande fuese la felicidad de que en este tiempo gozaba, cuán inefable la suavidad que allí sentía, testigo es la Santísima Trinidad y testigos los bienaventurados espíritus, que presentes estaban, y testigo mi propia conciencia, la cual gozaba de tales y tan grandes bienes cuales no podrá explicar la flaqueza de mi lengua» (San Jerónimo, *Carta a Eustoquio.)*

Palabras no menos animadoras y bellas leo en San Bernardo: *«Y algunas veces, oh mi Dios, deseándote ardientemente, con mis ojos cerrados, pones en la boca de mi espíritu lo que aún no me es dado conocer. Siento dentro de mi alma un sabor tan dulce, tan regalado, tan confortador, que si del todo me poseyera, no buscaría ya otra cosa, pero gustándolo mi alma no permites que pueda darme cuenta ni con los ojos del cuerpo, ni con el sentir del alma, ni aún con el entender de mi espíritu.*

»Cuando le recibo, pretendo retenerle y saborearle y discernir su gusto, pero en seguida desaparece... Deseaba que como savia pujante corriera por todas las venas de mi alma hasta la médula, para que me tornara insípidas todas las demás aficiones y quedarme saboreando sólo y sin interrupción aquel sabor, pero pasa rápidamente... Por esto quisiera poder tenerlo a mi voluntad, escuchando

al Señor, que me dice: «El espíritu sopla donde quiere.» Cuando le siento en mí, no cuando yo quiero, sino cuando él inspira, todas las demás afecciones experimento que son insípidas y quedan como muertas y que sólo a Ti se han de levantar los ojos, porque Tú eres la fuente de la vida y solamente en tu luz veré la luz.» (San Bernardo: *De Amore Dei*, cap. IX.)

Santa Gertrudis nos dice de sí misma la dulzura indecible que sintió: «*Después de haber aplicado contra mi indigno rostro vuestra amabilísima faz, donde se revela la abundancia de toda beatitud, sentí que salía de vuestros divinos ojos una incomparable y suave luz. Pasando por mis ojos y penetrando hasta lo más íntimo de mi ser, comenzó a obrar esta luz en todos mis miembros con una fuerza tan maravillosa que yo no sé cómo explicarlo. Fue primero como si me hubiera arrancado la médula de los huesos. Aniquilando luego mis huesos y mi carne, hubiérase dicho que toda mi sustancia no era ya otra cosa que aquel resplandor divino, el cual, jugando consigo mismo con un encanto incomparable, henchía al mismo tiempo mi alma de una gran dulzura y serenidad.» (Revelaciones de Santa Gertrudis*, lib. III, cap. XXI.)

Nada quiero decir de lo que todos conocemos de Santa Teresa de Jesús. Su alma era un cielo, y la dicha que se puede tener en la tierra la inunda-

ba. ¿Quién ha podido decir a Dios como ella: o ensanchadme el corazón o quitadme la vida, porque no cabe más felicidad en mi pecho? Y suya es la reflexión que aun cuando se pudieran gozar juntos todos los deleites del mundo y para siempre, no pueden compararse con un momento solo de los deleites que Dios pone en el alma.

Pero es necesario practicar lo que decía San Jerónimo: «*No puede levantarse a la dulzura de esta contemplación el corazón lleno de negocios terrenos, sino conviene que muera al mundo y que viva y se llegue a sólo Dios por santas meditaciones y deseos.*»

273. ¡Qué delicia se experimenta cuando el alma siente todo eso! Parece que Dios ya la ha convertido en cielo. Aquí veo la causa de que muchos santos se olvidaban de todo y de sí mismos; andaban absortos en Dios, iban iluminados con la luz de Dios, tenían la atención y la memoria y hasta la imaginación en Dios. Dios les llenaba y se hacía sentir amoroso y se olvidaban de las cosas materiales.

Es cierto que el que está unido con Dios nunca se olvida de su obligación ni en el más pequeño detalle. El que está unido con Dios lo ve y lo recuerda todo en el mismo Dios, porque si es voluntad de Dios y está unido con ella no puede menos de verlo en el momento oportuno. Nadie cum-

ple mejor su obligación que el alma unida a Dios en amor. La unión de Dios es perfección y es obediencia y perfecto ofrecimiento.

Si yo tuviera la exaltación de gozo, y la viva presencia de Dios, y el fervor y la alegría de esos santos, qué animado me sentiría. Pero cuando se siente y se vive la desolación y parece que Dios se ha escondido o se ha marchado, queda la flojedad y la tristeza y un no sé qué de desaliento por la oscuridad. Y no debo dejarme llevar del desaliento. Los Santos pasaron y vivieron la tribulación exterior e interior y perseveraron. *Desearon a Dios en la noche* y salió el sol de la mañana y triunfaron. *La fe los llevó a la victoria.*

¿Me dejo yo guiar de la fe? ¿Son mis obras de fe? He venido al retiro para ofrecerme a Ti, Dios mío, y sé que tú me quieres unir a Ti y llenar de Ti. Envuélveme ya en tu luz y toma posesión de mí. Sé que antes tienes que prepararme. Cuando me metas en la fragua de la purificación, en el dolor, en la oscuridad, en la sequedad y tentación, que me ofrezca, Dios mío, a Ti con mayor confianza y decisión. Toma mi alma; toma mi entendimiento y mi voluntad. Que aprenda a dominar mi memoria, mi imaginación y mis apetitos. Purifícame y hazme tuyo, y, aunque indigno, úneme a Ti en amor. Te ofrezco también las alegrías de mi cuerpo y las complacencias de mi espíritu. Lléname de Ti.

Quita de mí, oh Señor, los obstáculos que lo impiden para que puedas hacer tu obra en mí. Conoceré que has hecho tu obra cuando vea crecidas en mí las virtudes y me vea hecho alma de oración. Las virtudes son tu perfume en el alma.

La vida de retiro que he escogido es en sí muy semejante a la vida dichosa del cielo. Allí ya es la posesión gloriosa de Dios, aquí es la posesión por gracia y por amor. Allí es la visión directa de su esencia, aquí es la visión oscura, pero segura, de la fe. Allí ya se vive toda la felicidad en realidad, aquí se vive en esperanza y en deseo. El deseo levanta y fortalece el corazón.

Pero Dios que se muestra ya glorioso en el cielo, está realmente en mi alma ahora; es el mismo Dios infinito. Si ahora está en mano afectiva o está en mano purificadora, es muy secundario; la verdad es que Dios infinito está realmente en mi alma y está todo como en los ángeles. Por eso aún cuando quiera invadirme la tristeza y el desaliento durante la purificación, mi fe repite las palabras de David y de Tobías: *Mi gozo es que estoy en Dios.* Mi vida está consagrada a Dios y Dios no me deja, siempre está conmigo. Lo más grande y hermoso de mi oración callada es lo que Dios hace en mí, su obra de amor y que está en mí amándome y dándome su amor. Conoceré que he recibido y se ha desarrollado el amor en mi alma, en que haya dominado mi amor propio y viva las virtudes.

Alma mía, no estés triste, sino alaba en alegría a Dios porque Dios está en tí. Vive en la presencia de Dios amándole y dejándote amar. Vive toda para El y ofrécete alabando sus misericordias y pidiéndolas para todas las almas que aún no le aman porque no le conocen. Ofrécete en agradecimiento al amor de Dios y en expiación y súplica por los pecados del mundo.

¿Cuándo será, Dios mío, el momento en que me sumerjais del todo en Vos, para que olvide lo mundano, salga de mi amor propio y sólo tenga mi memoria, y mi atención puestas en Vos? ¿Cuándo me gozaré en decir: Dios es mío y para mí? ¿Cuándo uniréis mi alma a Vos mismo y transformaréis mi alma en amor vuestro? Ese será el momento en que mi vida será muy semejante a la del cielo.

DECIMOSEPTIMA LECTURA - MEDITACION

DIOS ESTA DE MODO ESPECIAL EN EL ALMA SANTA Y LA HACE CIELO EN LA TIERRA

274. ¡Cómo se alegra mi alma pensando en el cielo! Es el lugar de todos los bienes sin mezcla de mal alguno, sin deficiencia ninguna.

Con frecuencia oigo—y a veces yo mismo lo pienso—a personas muy buenas que no irán al cielo, que no son dignas de ir al cielo. Es tan alto el concepto que tenemos del cielo, que nos parece imposible que nosotros vayamos. No lo merecemos. Nadie es digno de ir al cielo, pero Dios nos ha creado para el cielo y quiere vayamos todos al cielo.

Por alto que sea el concepto que tenemos del cielo, no es nada comparado con la realidad y sobreexcelencia del mismo. En cuanto al cielo local ha sido creado por Dios para morada y premio de cuantos se salvan y no es concepción de criatura,

sino del Creador, y de tan alta excelencia, nobleza y hermosura como jamás puede ni ocurrírsele a la inteligencia criada.

En cuanto al cielo esencial y la gloria es el mismo Dios quien se da al bienaventurado y absorbe y llena de Sí mismo y de sus perfecciones infinitas e incomprensibles al dichoso bienaventurado y le diviniza y hace una cosa con El, no quitándole la personalidad y el ser individual sino llenándole de su amor, y de su sabiduría y de su hermosura y de su mismo goce en tanta abundancia y delicia cuanta capacidad de recibir tienen las facultades del bienaventurado. Todo es superior a todo ensueño y nadie es digno de merecerlo. Dios lo da y lo da como premio y como amor en proporción de los méritos. ¡Oh cielo, cielo!... Dichoso para siempre el que entre en Ti. ¿Qué será el cielo? ¿Qué será Dios? ¿Qué será la visión y posesión de la esencia de Dios? ¡Dios mío, que llegue a Vos! ¡Llevadme al cielo!

La fe me enseña, y me lo corrobora la teología, que en el cielo todo es gozo, todo es alegría y delicia. En el cielo todo es claridad, limpieza y hermosura. En el cielo todo es amor, amor glorioso y radiante y comunicación de amor. En el cielo todo es paz y armonía y exaltación de gloria y compenetración mutua y gozosa de todos los bienaventurados y mutua felicidad en Dios.

En el cielo se da toda esa delicia, toda esa paz

y dicha en altísimas y nobilísimas perfecciones y cualidades porque lo llena Dios de sus perfecciones, porque Dios es el verdadero cielo.

El cielo local creado por Dios para morada dichosa de los bienaventurados, es la armonía y la paz, es la sabiduría y la prudencia, es el bienestar y gozo inacabable del alma y del cuerpo. Y por encima de todos los bienes materiales y morales que se pueden soñar y se tienen allí, está Dios. Todos los bienes creados acumulados en el grado sumo son como nada y no tienen comparación con lo infinito de Dios, que se da y llena los espíritus y llena el cielo, y el cielo es cielo porque Dios le llena.

El cielo es Dios, el ser infinito en todo bien, las infinitas perfecciones de Dios, su infinita hermosura, su infinita sabiduría, su omnipotencia, su infinita bondad, que llenan, que empapan, que inundan permanentemente todas las potencias de los espíritus angélicos y de las almas bienaventuradas. Dios es la luz, no la luz que entra por los ojos e ilumina las bellezas corpóreas, sino la luz del espíritu, la luz de la verdad y del amor, la luz infinitamente superior a esa luz de belleza, y de bien que puede imaginar mi fantasía, o entender mi entendimiento. Cuando mi alma vea esa luz con la luz de gloria que Dios me comunicará, quedará absorta y enajenada de dicha y de felicidad gozándose en la sabiduría de Dios, en la hermosura de Dios, en la verdad y

bondad de Dios y en los altísimos misterios de su Naturaleza.

Alma mía, Dios te ha criado para el cielo. Dios te quiere dar el cielo. Sólo te pide que le ames. Recuerda que toda esta maravillosa verdad admiraba y contaba David diciendo: *¿Qué hay para mí ni en el cielo ni en la tierra fuera de Ti?;* o en otras palabras: Tú lo eres todo para mí y sin Ti todo es nada y nada puede compararse Contigo. Tú eres el infinito bien, el inefable bien; Tú eres la delicia y felicidad perfecta.

275. El recogimiento en Dios es un cielo, que aun en la tierra llena el alma por la esperanza y con la compañía de Dios. Bien decía un Santo que *es muy pobre y desgraciado el que no se contenta con Dios.* Santa Teresa de Jesús escribía *que el alma del justo es un paraíso donde Dios se recrea,* y de los conventos santos dice son un cielo, si le puede haber en la tierra. «*Hermanas mías,* exhorta en *Las Moradas* V; *alto a pedir al Señor, que pues en alguna manera podemos gozar del cielo en la tierra, que nos dé su favor para que no quede por nuestra culpa.*»

Ya San Juan Clímaco me dice en su *Escala Espiritual* que «*el monasterio es un cielo terrenal y por esto sus moradores deben tener sus corazones como los ángeles que en cielo sirven a Dios*».

Esto me enseña que si el recogimiento y el monasterio son paraísos, es porque la vida se desarro-

lla en ellos muy semejante a la del cielo. No son un paraíso ya glorioso y con las perfecciones y cualidades de la gloria, pero son un reflejo del cielo en la tierra por la paz y armonía que suelen reinar en el alma recogida y en el monasterio santo y porque brillan muchas de las cualidades del cielo, no de modo glorioso y feliz, pero sí brillan el amor de Dios, la limpieza de espíritu, la caridad fraterna, la abnegación y compenetración que lo llena de dulzura y la atención a Dios y el perfecto ofrecimiento. Todo es amor de Dios en el recogimiento y abnegación y compenetración con los siervos consagrados a Dios; todo es canto de súplica y alabanza a Dios y por eso florecen las rosas de las virtudes y es jardín amado de Dios. Todo es santidad y manifestación de la participación de Dios. Todo es amor mutuo y amor de Dios. También hay gozo en el recogimiento y monasterio, gozo no glorioso, pero sí gozo de Dios, que nace de la concordia y de la armonía mutua y de las virtudes, y del amor de Dios.

Este gozo espiritual del recogimiento da también confianza mutua y confianza en Dios. No veo mi alma ni el alma de mis hermanos como las veré en cielo. Si las viera me daría un gozo inexplicable y la total confianza. Ya no sería esta vida antesala del cielo, sería el mismo cielo. Si viera el amor del alma de mis hermanos a Dios y a mí y viera la hermosura de cada alma, no cabría en mí de gozo y sería, digo, la confianza perfecta. ¡Dios mío, si yo

viera que mi alma estaba en tu amor y cómo iba creciendo en tu amor, cerraría de gusto los ojos a todo para sólo tenerlos puestos en Ti! ¡Viviría la santidad más perfecta! Pero en la tierra no puede darse. Tengo que vivir de fe en Dios.

276. En mi recogimiento, y en el monasterio, deben reflejarse la bondad, la armonía, el primor de las virtudes, la espiritualidad como en el cielo y sobre todo y dando vida y alegría a todas las acciones, debe llenarlo todo la atención a Dios y la presencia de Dios.

Dios llena el cielo y Dios llena el alma santa. Dios es la bondad y la santidad y la pone en el alma recogida y en los conventos santos. La vida del alma recogida es hacia dentro, no hacia afuera; es hacia Dios no hacia el mundo y busca a Dios no al mundo no las distracciones y pasatiempos de mundo y de tierra. Dios está en mi alma y es mi centro y mi fin. Sólo a Ti te busco, Dios mío, y tu mirada.

Si yo he salido del mundo y he venido al retiro y silencio, es porque he escogido consagrarme a Dios y ser de Dios. A Dios he ofrecido y ofrezco todo mi ser: mi alma y mi cuerpo y quiero que sean para Dios mis aspiraciones y mis pensamientos y mis amores, con todas mis actividades. Llena, Dios mío, mi recuerdo de Ti. Pues has aceptado mi ofrecimiento, lléname de Ti.

Sé por la fe, y me lo dicen los Santos Padres,

que Dios acepta el alma que se le ofrece y vuelca sobre ella sus misericordias. Dios llena al alma ofrecida y hace de ella un paraíso de bondades.

El mayor gozo del alma ofrecida, es saber que es amada de Dios, y que Dios ha fijado en ella su mirada de amor. *Porque miró la nada de su sierva,* dijo la Virgen.

La mirada de Dios en la gloria es la felicidad; y la mirada de amor de Dios al alma en la tierra también hace saltar de alegría.

El gozo del alma que ama es saber que es amada. ¿No me amáis a mí más que yo a Vos, Señor? Mi alma se goza, Dios mío, sabiendo que me amáis y que me estáis labrando, precisamente porque me amáis. Yo quiero hacer algo por Vos, y como no sé, lo hacéis Vos por mí. Yo os ofrezco mi sufrimiento y mi incertidumbre. Dios obra su amor en mi alma a escondidas, y me labra y hermosea sin darme yo cuenta.

277. Mucho ensanchan mi espíritu y me dan mucha alegría estas dos reflexiones de San Juan de la Cruz. Una, que el gozo más íntimo del alma viene del más delicado e íntimo sufrir, y el más íntimo dolor es el dolor interior, del espíritu, cuando está el alma apretada de la mano de Dios.

El alma recoge el sufrimiento del espíritu y el material; recoge el verse seca y marchita y, a veces, como abandonada y apartada de Dios y le dice:

«Te lo ofrezco, Dios mío, como la flor más hermosa que tengo. Sé que esto lo obráis Vos en mí para mi bien, aunque yo no lo comprendo. Te doy gracias y te lo ofrezco en obsequio y en alabanza. Es mi pobre don.»

La otra reflexión que me hace es que el alma no lo comprende, porque si viera que Dios se complace en ello y que es obra del mutuo amor, se derretiría de alegría. Yo debo confiar en la fe y la fe me enseña que esta es obra maravillosa del amor de Dios para aumentar en mí su amor y acercarme más a El. La fe me enseña que tengo que pasar por el puente de la purificación y de la prueba para llegar al abrazo de Dios. Sé que ésta es la preparación para darme ese abrazo y transformarme en amor. Te ofrezco este, al parecer, abandono y que tengo yo la culpa.

Este es gozo secreto e íntimo del alma, en muy oscura fe, porque mi alma puede ofrecer a Dios más de lo que sabe y comprende y toda la complacencia de su gusto. Dios se complace sobre manera en este ofrecimiento y en esta aceptación del alma.

Dios se pone por estos medios y sufrimientos de modo especial en mi alma. Dios está haciendo por Sí mismo esta obra en mi alma.

El cielo, he dicho, es cielo, porque le llena Dios. Los Angeles y los bienaventurados son dichosos y están siempre en la plenitud de la exaltación de la felicidad, porque les ilumina y llena Dios, no sólo

con su presencia, sino con su presencia ya gloriosa; están saturados y sumergidos en la misma felicidad de Dios; ven su esencia y están rebosando gozosamente de la misma vida, sabiduría, hermosura y bondad de Dios. Están en la posesión de todo bien y del Sumo Bien y rebosan de bien, de alegría y de felicidad y ven gozosamente que todos los demás están en la misma felicidad, en la misma alegría, en el mismo bien y llenos de sabiduría. Todos se gozan en el gozo de todos y todos están en la alabanza y agradecimiento a Dios, cada uno según la capacidad que tiene. Dos rosas desiguales son hermosísimas las dos, pero tiene más fragancia y lozanía la más crecida. Dos ánforas de perfume o de perlas, tiene más perfume y más perlas la mayor, pero las dos están llenas.

Dios está en el cielo glorioso. Dios está real en mi alma, pero con los rayos de su gloria ocultos. Dios es el bálsamo y la fragancia del cielo; en mi alma no deja exhalar aún esa fragancia. Dios está preparándome para hacer de mi alma un cielo glorioso, para tomar especial posesión de mí, para llenarme de su gracia y de su amor. Y aunque no se manifiesta glorioso está en mi alma como está en el cielo. Llenadme, Dios mío, de Vos.

Esta es la vida que yo he escogido. Esta es la vida que Dios quiere de mí. Me purifica para hacerme cielo. Está en mí.

278. Veo y siento en mí lo que quieren mis potencias y mis sentidos. Quieren disfrutar ya de su objeto, la posesión de su fin. Quiere mi entendimiento saber y comprender y ver que mi voluntad ama y está en el camino del amor. Quieren mis ojos y mis oídos y mis sentidos todos gustar, sentir, palpar cada uno según su objeto. Quisiera ver, y oír y palpar al mismo Dios y las cosas espirituales. Parece que en eso está la seguridad. Han sido criados, como el alma, para gozar y quisieran ya estar en su goce, como lo quiere el alma, no dándose cuenta que no es la tierra el centro de la felicidad, ni la pueden tener ahora sino después en el cielo.

Por esa inclinación hacia su objeto, viene la apetencia desmedida y desordenada a las cosas terrenas en todas las gentes y en todos los pueblos. Buscan la dicha de los sentidos en los bienes materiales, que ven los sentidos y no está ahí ni pueden encontrarla.

Por esa aspiración no bien encauzada veo con tanta frecuencia en los pueblos como en los individuos que cuando se manifiesta un atisbo de sobrenatural en cualquier fenómeno que parece aparición, vuelan todos a enterarse y verla y tocarla, dando lugar a tantos errores y engaños y a tantas leyendas y cuentos de apariciones ficticias muchas veces llenas de errores. No se fían de la verdad de la fe y van a ver qué será aquello que el alma anhela, y es o una ilusión o un engaño o una ficción de los

hombres o del demonio. Es nada de nada. Pero el hombre no puede prescindir constantemente de esa aspiración hacia lo sobrenatural para lo que ha sido creado. Es la implícita confesión de la aspiración a Dios, aunque involuntaria, de los incrédulos.

Es el deseo y la inclinación de la inmortalidad y de lo sobrenatural para lo que ha sido creado el hombre y de la que nadie puede prescindir, aunque no crea. Esta es la razón de que nadie es más supersticioso que el que dice no cree en Dios. Todos llevamos a Dios y la semilla de lo sobrenatural y del fin último dentro de nosotros.

Esto me pasa a mí con mis potencias y sentidos en la vida interior y con la gracia sobrenatural. Yo quisiera comprender, yo quisiera ver y sentir cómo está mi alma y cuánto adelanto en la vida y cómo se agrada Dios en mis acciones. Si viera y sintiera estaría en toda la ebullición del fervor y en todo el entusiasmo como lo estoy por los bienes terrenos. Estaría radiante de alegría practicando las virtudes y en la oración. Con ese conocimiento y gusto no habría quien se dejara arrastrar del pecado. Si eso viésemos nos concentraríamos todos en el bien y gustaríamos de Dios, de la virtud, de la vida interior, que es inmensamente más delicada, más fina, más hermosa y excelsa.

279. Pero no ha querido el Señor establecer ese modo en la tierra, sino otro más levantado y no-

ble. Dios es infinitamente más excelso y más noble y hermoso, que todo lo que puede entrar por los sentidos y que lo que pueden comprender las potencias del alma. Dios es la Omnipotencia y el infinito en el ser y en el obrar. Dios es la sabiduría, y la bondad y verdad y es la inmensidad y la majestad, y la hermosura, y está en mi alma, y mi alma ahora no le ve directamente; está en mi entendimiento y no le comprendo, y está en mi voluntad y no le siento. ¡Si tu amor, oh Señor mío, hirviera en mi voluntad...!

Tengo que remontarme por encima de todo lo que veo e imagino en alas de la fe. Debo trabajar con mi imaginación para ayudarme a estar con Dios pero no puedo figurarme a Dios, porque no tiene figura, como no me puedo figurar ni delimitar todas las perfecciones y lo infinito, sino de un modo negativo sabiendo que Dios no tiene límites en la perfección y en el bien. Debo trabajar con mi memoria y con mi entendimiento para, en cuanto está de mi parte, tener presente a Dios y alguna imagen aunque imperfecta de Dios. Ya he dicho que lo más grande, noble y excelso es pensar en Dios.

Tengo que recoger y ayudarme de la belleza de la creación y de las cualidades y perfecciones de las criaturas para darme cuenta que sobre todas ellas está la belleza del Creador y tengo que valerme, como para todo conocimiento, de mis sentidos. Mi imaginación recoge, sintetiza toda la belleza y forma un ideal abstracto de hermosura, se levanta de esta

belleza creada a otra increada, creada también por mis facultades y que no se parece en nada a la infinita increada, pero que a mí me hace soñar y levantarme, y grabo dentro de mí cuanto he visto y conocido. Empiezo por lo material para intentar formar idea de lo espiritual e infinito, algo más cercano a Dios; pero sé que mi idea, ni la idea natural del Querubín no pueden ni remotamente acercarse a la infinita y perfectísima realidad de Dios infinito. ¡Dios! ¡Infinito!

A Dios tengo que ir creyendo; no entendiendo, no sintiendo, sino creyendo, porque, repito, a Dios no se le puede sentir; el entendimiento criado no puede llegar a entender a Dios; está sobre todo sentir y sobre todo entender y nada se parece la belleza criada más hermosa a la infinita belleza de Dios.

Tengo que unir mi alma y mi entendimiento a Dios creyendo su ser y su obrar, porque está sobre todo ser y sobre todo otro obrar.

San Juan de la Cruz, explicando el texto de San Pablo, me enseña que «*al que ha de ir uniéndose a Dios, conviénele que crea su ser. Como si dijera: el que se ha de venir a juntar en una unión con Dios, no ha de ir entendiendo ni arrimándose al gusto, ni al sentido ni a la imaginación, sino creyendo su ser, que no cae en entendimiento, ni apetito, ni imaginación, ni otro algún sentido, ni en esta vida se puede saber; antes en ella lo más que se puede sentir y gustar de Dios, dista en infinita manera de Dios*...

»*Trasponiéndose a todo lo que espiritual o naturalmente puede saber o entender, ha de desear el alma con todo deseo venir a aquello que en esta vida no puede saber ni caer en su corazón. Y dejando atrás todo lo que temporal o espiritualmente gusta y siente, y puede gustar y sentir en esta vida ha de desear con todo deseo venir a aquello, que excede todo sentimiento... De esta manera a oscuras grandemente se acerca el alma a la unión por medio de la fe, que también es oscura y de esta manera la da admirable luz la fe.*» (*Subida,* lib. II, cap. IV.)

He de ir a Dios creyendo su ser y su obrar. No puedo unirme con las razones, ni con los conceptos e ideas particulares que forma o entiende mi entendimiento; ni puedo unirme ni formar idea exacta de Dios por los ensueños e imágenes que forma mi fantasía. Todo eso es como nada ante la infinita grandeza de Dios, todo es como un borrón ante la infinita perfección de Dios. He de ir creyendo su ser infinito y creyendo su obrar. El Ser infinito de Dios obra maravillosamente en mi alma de modo que yo no sé entender, ni puedo llegar a entender.

280. Nunca puede el entendimiento creado por sí mismo, y nunca puede la voluntad creada ni menos la memoria y la fantasía llegar a figurar algo que se acerque o asemeje a la infinita grandeza de Dios, a la infinita y perfectísima realidad de Dios. ¡Y esta infinita hermosura está ahora real en mi

alma! Pero debo recoger todas mis facultades y ponerlas atentas y al servicio de Dios para ir entrando en Dios e irme compenetrando con Dios para dejar que Dios obre santidad en mí y me ilumine y llene de Sí. Dios está continuamente en mí amándome y mirándome.

Dios es Superior a todo lo creado con infinita distancia y está continuamente en mi alma. Dios está en todos los seres materiales y espirituales por esencia, presencia y potencia, dándoles el ser y las cualidades, conservándoselas y gobernándoles; pero en el alma en gracia está también por amor especial y con presencia afectiva y está obrando la obra maravillosa de su amor y de la santidad. La obra de Dios en el alma por excelencia es la obra del amor, de la transformación del alma en amor para la unión de amor.

Si los Angeles están en la bienaventuranza gloriosa de amor; si los Serafines están en mayor inflamación de amor; si los Querubines están en exaltación de sabiduría por inflamación especial de amor, están unidos en amor a Dios y participan más de la perfección de Dios. Y eso que tienen las Jerarquías Angélicas en el cielo según la capacidad de su ser y su excelencia, es la obra que está Dios realizando en el alma en gracia con su gran misericordia y bondad.

Quisiera yo ver, quisiera yo entender. Es muy natural que yo lo desee, pero aun cuando no lo vea

o comprenda no es menos cierto. Y esto se prueba aún en las cosas naturales y que tenemos entre manos continuamente. Los ejemplos abundan, y aún me ayudan para admirar y comprender mejor la presencia de Dios en todos los seres y lugares. ¿Quién me diría a mí que estoy rodeádo de mil armonías distintas y muchas composiciones musicales me envuelven y que están ante mí imágenes y escenas sin cuento? Yo no las veo; yo no las oigo. Pongo una pequeña radio, un diminuto transistor o un televisor, y recogen y aumentan y me proporcionan oír el sonido o la imagen de esas armonías que estaban difundidas en torno mío y yo no oía, ni las veía. ¿No saben hoy hasta los analfabetos que nos rodean las ondas sonoras emitidas por las radios? ¿Quién se atreve a negarlas aun cuando no las oye? Si la ciencia ha llegado a tanto y en un orden material, ¿qué será en el orden espiritual? ¿Cómo no conceder a Dios omnipotente lo que puede aun la misma materia limitada y sin vida? Dios está y obra en mí, en mi alma, maravillas, aun cuando no las veo ni las palpo.

La misma ciencia acaba de mostrar que ha rectificado la dirección del satélite dirigido a Marte a una distancia de dos millones y medio de kilómetros de distancia; si esto ha llegado ya a realizar el hombre, ¿de qué me extraño que pueda realizar Dios omnipotente no a distancia, sino con su presencia, pues está presente en todos los seres y El ha

establecido todas las leyes de la Naturaleza y las conserva como conserva los seres? ¿Qué no podréis y qué no haréis, Dios mío, en mi alma, si yo quiero y la pongo en vuestras manos?

281. Dios hace en mí lo mismo que hace con los Angeles, con los Querubines y Serafines en el cielo. Yo en mi recogimiento hago también lo mismo que hacen en el cielo esos Angeles, Querubines y Serafines con Dios. Ellos están recibiendo la gloria y la felicidad de Dios; Ellos están en exaltación de gloria, en gloriosa felicidad, llenos de sabiduría y de amor, porque están unidos a Dios, envueltos en Dios, hechos una misma cosa con Dios, sin perder su propia personalidad, recibiendo y gozando de las perfecciones de Dios. Cuando yo estoy en la presencia amorosa de Dios, cuando yo estoy recogido en amor con Dios, estoy recibiendo gracia y amor de Dios, estoy recibiendo la vida sobrenatural de Dios, que produce en mí las virtudes. Dios está obrando en mí su obra maravillosa, mayor que la creación de los mundos inmensos. Cuando yo estoy con Dios o cumpliendo mis obligaciones, Dios está llenándome de Sí mismo; Dios está empapándome en El. Dios está haciendo crecer en mí la gracia y el amor, que han de ser mi cielo o la medida de mi cielo. Dios está transformando en amor mi alma y haciendo la unión de mi alma con El cada vez más perfecta. Yo no lo siento ni lo veo. Es misterio de Dios en mí. Si

doy una vuelta a la llavecita de la radio, empiezo a oír las melodías o las palabras que antes me envolvían, pero no oía. La fe es esta llavecita que me dice y enseña con certeza. Ahora Dios está en ti y está obrando en tu alma el misterio del amor y de la gracia. Dios está preparándote para unirte Consigo y acrecentando en ti la gracia y el amor. Está labrando en ti lo que ha de ser tu dicha y tu gloria y tu felicidad en el cielo; está labrando en ti la santidad.

Porque el alma más santa es la que está más unida con Dios y participa más de las perfecciones divinas. Y el alma más unida a la voluntad de Dios, es la más diligente, la más fiel, la más exacta y primorosa en cumplir sus obligaciones y practicar las virtudes, que es donde se ve la voluntad de Dios.

Porque si mi alma está unida con la voluntad de Dios, me esmeraré por hacer en todo el querer de Dios hasta en las más insignificantes menudencias y detalles de mi obligación y del sacrificio y me esforzaré por estar atento y con Dios a solas y en amor.

Dios además de estar en mi alma haciendo esa maravilla de amor y de transformación para unirme con El, como me lo enseña la llavecita de la fe, se está poniendo El mismo en mí; se está entregando El mismo a mi alma al mismo tiempo que se posesiona de mi ser. Se pone, pero aun insensiblemente, como al servicio del alma para que el alma use de El. Mi alma, yo, que soy nada de nada, que sólo tengo

cuanto El me ha dado, que soy ruindad y sólo ando en oscuridad, recibo en mí y tengo en mí al Creador mío y de todo, al infinito, al inmenso; y este Creador de todo y mío, este Dios infinito y omnipotente, es Padre tan amorosísimo, que se pone en mí, al mismo tiempo que me toma en sus brazos, para que use de El y con El y en El hermosee mi alma y labre mi santificación.

282. Dios en mí, conmigo y mi alma en Dios y con Dios obramos la santidad tan perfecta como sea perfecta la unión de mi voluntad con la de Dios.

Se me ocurre esta comparación: Un artífice se propone hacer un magnífico relicario para una reliquia insigne y pone todo su ingenio para que el relicario resulte digno de la reliquia y llame la atención. Cuantos ven la custodia de Toledo, quedan maravillados de tan magnífica obra de arte y de valor. Arfe, genial artista, puso toda su habilidad y todo su saber para construir un relicario digno, en cuanto se puede, de llevar a Dios y de causar la admiración de las gentes y produjo su obra cumbre. Todos admiran esa maravilla de arte y de hermosura y de valor. He visto una custodia antigua en un pueblecito pequeño, en Zamarramala, que parecía hecha toda de encaje transparente y primoroso. Me resistía a creer que las manos de los hombres pudieran hacer en la Edad Media obra tan primorosa y bella y que tan maravillosamente trabajasen la plata.

El artista debió tener manos de ángel y comprendí entonces las leyendas que atribuyen a los ángeles obras que parece imposible hayan labrado los hombres.

Pues Dios es el Soberano Artífice, y quiere hacer de mi alma un relicario primoroso y bellísimo, como ideado y fabricado por El. Quiere hacer el relicario para la reliquia más insigne que puede darse. Quiere ponerse El mismo de reliquia viva en mi alma. El relicario no puede hacerse a sí mismo. Esas custodias maravillosas no se hicieron a sí mismas. Las hizo un Artista genial. Yo no puedo hacerme a mí mismo relicario de Dios y quiere Dios mismo labrarme y hacerme a su gusto para ponerse El mismo en mí. Dios me pide que yo me deje en sus manos como se dejó el oro y la plata en manos de esos artistas. Si yo me confío a Dios correspondiendo a todas sus llamadas y no menospreciando sus gracias, Dios hará de mí una maravilla de relicario, porque Dios calladamente, misteriosamente está de continuo trabajando mi alma y la va perfeccionando, y la va enriqueciendo con valiosísimas joyas. Aun cuando yo no lo vea ni lo sienta, aun cuando me parezca que estoy perdiendo tiempo y no hago nada, Dios está labrando el relicario de mi alma para ponerse El mismo en mí. Alma mía, no te impacientes, ni te dejes llevar de la curiosidad; déjate labrar de Dios, que es Dios quien te labra para que seas relicario suyo. Dios quiere ponerse en ti.

283. Es tanta la bondad y misericordia de Dios que como que se funde con mi propia alma para embellecerme y levantarme a mí hasta El. Dios llena el cielo y la tierra. Dios embellece el cielo y también pone luz y hermosura en la tierra. Y no sé si con alguna exageración digo que Dios quiere ponerse en mi alma con más contento que en el cielo y la prepara con mayor hermosura y la engalana con mayor delicadeza. Atomo a átomo va transformando en hermosura y en santidad mi alma. Quizá parezca esta afirmación exagerada y atrevida. Yo así lo veo y aun los santos así lo han visto.

Advierto que hablo del cielo local no de la gloria esencial. El cielo local es la morada gloriosa de los bienaventurados, y estarán no como yo sueño, sino sobre cuanto se puede soñar. Ese cielo es algo material, de suyo, no vivo, y el bienaventurado y mi alma es ser vivo y espiritual. Crea Dios el sol, crea la luna y la tierra, crea la inmensa vía láctea y crea las galaxias y supergalaxias que hoy está descubriendo la ciencia y todas esas nebulosas de velocidades y de distancias pasmosas con las moles superiores al cálculo; nos dicen que el universo se agranda a velocidades de la luz. Dios está continuamente creando. Y el cielo local y todos esos mundos son materiales; con toda la belleza y todo el encanto y grandiosidad indescriptible son materiales.

Y Dios se quiere poner en mi alma que es ser vivo, espiritual, superior a toda la materia; en mi al-

ma criada por El; y se pone El mismo y hace del alma un cielo vivo, espiritual, de gracia y de amor divino, un cielo que une con El mismo. Dios empapa y vivifica al alma de Sí mismo y de su misma vida y Dios la prepara con mayor primor y esmero que el cielo local. Dios se pone con más gozo en el alma en gracia y fiel a sus inspiraciones, que en el cielo local, porque es cielo espiritual.

Si con tanta galanura, esplendidez y encanto ilumináis y enriquecéis el cielo, morada de tus escogidos, ¿cómo hermosearéis, oh Señor, el alma misma escogida para morada tuya? Si el cielo es el lugar del premio y es más excelso de lo que se puede soñar, ¿cómo transformaréis, cómo enriqueceréis y hermosearéis el alma premiada? ¿Cómo la llenaréis de Vos mismo y la comunicaréis vuestra gloria y empaparéis en vuestras mismas perfecciones? ¿Como la haréis hermosa con vuestra misma hermosura y sabia y feliz con vuestra misma sabiduría y felicidad? ¿Qué será mi alma gloriosamente sobrenaturalizada y viviendo vuestra misma vida en Vos?

Y sólo Dios es el soberano Artífice que puede hacerlo. Y Dios quiere hacerlo en mi alma. Condiciona el obrar esta maravilla a mi voluntad y determinación. Todos los demás pueden servir de instrumentos o medios, sean los santos, sean los Angeles, con sus inspiraciones, con sus súplicas, con sus consejos, predicaciones y ejemplos, o sean los malos con

sus injusticias y desprecios. Pero la gracia, el amor de Dios y la santidad es obra exclusiva de Dios y de la cooperación del alma. Dios, que está presente en el alma y atento a ella, es el Artífice soberano que directamente labra y hermosea mi alma y el único que sabe transformarla. ¿Por qué no me acordaré yo más de Ti, oh Dios mío, y te miraré dentro de mí? ¿Por qué no estaré más asiduamente Contigo y te trataré? ¿Por qué no me miraré lleno de Ti y empapado en Ti? ¿Por qué no sentiré tu mano amorosa de Padre, que me está labrando y hermoseando tanto en las alegrías como en los sufrimientos? Llenadme, Dios mío, de Vos y que me mire y te mire y esté sumergido en Vos.

Esta es la gran verdad que me enseña la fe. Para esta grandeza he sido creado. Mírate, alma mía, en Dios y mira a Dios en ti misma. Mira cómo busca Dios tu voluntad y tu determinación y entrega para obrar su obra en ti y hacerte relicario suyo donde El mismo se pondrá. Deja que te transforme como El sólo sabe y por los medios que sabe, para que haga la unión contigo. Ese es tu fin y tu llamamiento, el más grande y más alto. Es el mismo fin que el de los Angeles del cielo.

Muchas veces me he dicho a mí mismo: *¡Si yo fuera ya de Dios...!* Siento ansias de ser de Dios. Mas cuando llega la sequedad, la tribulación, la prueba, me desaliento. Me olvido que esos son los preparativos para la transformación; son los golpes

que da Dios en mí para hacer más hermoso este relicario de mi alma.

284. Dice San Juan de la Cruz que el amor es la inclinación del alma.

En las cosas naturales siento la inclinación o atracción del apetito. Como con gusto, bebo, y miro con gusto. Mi apetito causa mi delectación al satisfacerle. Tengo el apetito, la inclinación de saber. Me gustaría conocer la razón de las cosas y de los hechos. Siento gusto en adquirir el conocimiento de la verdad.

La Verdad suprema y fuente de toda verdad es Dios. El alma goza pensando y estudiando a Dios para conocerle. Lo más grande y hermoso es conocer a Dios y hablar de Dios, el Creador de todo, la luz que todo lo ilumina, en quien se encuentra la causa y razón de todo. Magnífico y nobilísimo es el deseo y el gozo de conocer a Dios infinito, porque es el fin último natural de todas las cosas. Lo más grande es hablar de Dios y poseerle; pero es muy difícil por su misma perfección y grandeza, que excede el pobre conocer del hombre. Me gozo en examinar una rosa, porque la veo, y en narrar un cuento que invento, pero a Dios no le veo directamente, es infinito y superior a mi entender, aun cuando sé que está en mí y yo en El.

Por encima del estado natural pone Dios en el alma su gracia, que ya es lo sobrenatural. Al poner

Dios ese ser sobrenatural de la gracia en el alma, la pone también un deseo, un apetito sobrenatural que es el deseo de Dios como fin último sobrenatural. Es Dios glorificando el alma. Como deseo el fin de una obra y el descanso natural, también deseo el fin sobrenatural, la felicidad sobrenatural. Porque Dios no me ha creado a mí solamente para la felicidad natural, que no se da en este mundo, sino que me ha creado para la felicidad sobrenatural y con ella juntamente obtendré la felicidad natural. Sobre todas las cosas deseo la felicidad, que es esta felicidad sobrenatural en Dios, inmensamente más alta que la natural.

Para esto me ha dado Dios un deseo tan grande, que no puedo saciarme con nada más que con su posesión. El deseo que Dios pone en mí, me da fuerza para salir de mí, y buscar a Dios practicando las virtudes y abrazando el sacrificio. El deseo me mueve a ir en busca del que desea amar mi alma y es mi Amado. Mi alma, Dios mío, te desea sobre todas las cosas, pero como todavía hay muchas cosas que me tienen atado, no he salido de ellas ni he salido bien de mí. Aumenta en mí los deseos, que son las fuerzas que me enseñarán a salir de todo. Eres tú quien me los tiene que dar.

Dios va desenvolviendo este engranaje de la vida espiritual desde dentro de mí, pero tengo que fomentarlo también con mi cooperación y esfuerzo. Dios, que quiere santificarme y me ha llamado para

santificarme, no me santificará sin mi esfuerzo y determinación.

Como Dios me ha creado para lo más grande y me ha traído para lo más grande y dichoso, como es poseerle a El mismo y que El tome posesión de mí, quisiera ya mirar a mi alma llena de Dios, y ver que Dios infinito está en mi alma y está amándome, labrándome, santificándome, llenándome de su gracia y haciéndome amor suyo y que mi alma sólo aspirará a Dios. De tal manera quisiera ser suyo, que ya estuviera unido con El y le poseyera, si no con la unión de visión directa de su esencia y posesión gloriosa, que solo puede ser en el cielo, sí, al menos, con la unión de amor por la intensidad de mi amor.

Quisiera ver, quisiera sentir y estar seguro de que esto se está realizando en mi alma. Quisiera, al menos comprenderlo con mi entendimiento; pero es superior a la capacidad actual de mis sentidos y de mi entendimiento. Quisiera estar seguro de que esto que se realizó en las almas de los santos, tambien lo realiza Dios en mí. Debo estar seguro con la seguridad oscura que me da la fe. La fe me enseña esta realidad altísima y delicadísima de que Dios está en mí como está en los Serafines y Querubines, pero de modo no glorioso. Dios está en mí y está obrando su obra maravillosa de amor. No es ficción mía es dichosa realidad en el alma que está en gracia y la procura acrecentar cooperando y siendo fiel.

285. Dios obra esta su obra predilecta siempre, pero de modo especial en la oración. La oración es ejercicio de amor. La oración es estar con Dios y Dios con el alma. El alma amando a Dios y dejándose amar de Dios y Dios amando al alma y poniendo en ella su amor hasta llenarla. Dios ama mi alma con un amor inmensamente mayor al que yo le puedo tener. Es amor de Dios y amor infinito. Dios está obrando en mí las maravillas de su amor. Yo no tengo nada más que estar atento a Dios, mirarle en mí, dentro de mí, íntimo a mí en mis facultades y dejarme amar hasta que me llene de su amor y me haga amor suyo.

Yo amo y estoy amando a Dios en la oración; hago mi obra de amor tratando con El, mirándole en mí; pero amo a quien estoy seguro que me ama con amor infinitamente mayor al que yo le puedo tener. Si le amo es porque El me ha amado primero, y me ha escogido para que le ame, y me da el amor con que he de amarle. Sé que siempre me estás amando, oh Señor, y que la medida del amor con que me amas es mi voluntad, mi entrega mi fidelidad. Sé que principalmente me amas cuando estoy contigo a solas en la oración. Tú en mí, dentro de mí, siendo mi vida, y yo en Ti dejándome hacer vida tuya.

Sé que el alma santa convierte toda su vida y todas sus acciones en oración por la presencia que de Ti tiene, por el ofrecimiento que a Ti hace en la

obediencia y en el sacrificio; por la fidelidad que te guarda en el cumplimiento del deber y en la abnegada caridad; vive en Ti por la mansedumbre. Todas las virtudes son pasos para acercarse a Ti.

Por el ejercicio de las virtudes crece la gracia y el amor. Las virtudes son la verdad del amor y de la entrega

Yo no puedo medir ni pensar ni la gracia ni el amor de Dios; no le siento ni le veo, pero se desarrolla en todas mis acciones buenas y por ellas estoy cierto de que Dios me ama y va transformándome y uniéndome a El. ¡Dios mío, que yo me deje amar de Ti! ¡Que Tú vivas en mí y yo te acompañe y trate Contigo!

Leo en la Sagrada Escritura que cuando vino el diluvio sobre la tierra en castigo de los pecados de los hombres, subían las aguas sobre la superficie y el arca de Noé flotaba sobre las aguas. Pues por modo semejante cuando el agua del amor, que Dios me da, no en castigo, sino en premio, va subiendo, mi alma flota sobre ese mar de amor. El alma del justo según San Juan de la Cruz se convierte en mares de amor. En ese mar de amor flota el alma en dulzuras y en gozo y se empapa en esos mares de amor y se sumerge y hace amor.

286. La obra del amor es toda la vida. La santidad no es un acto, es toda la vida y la vida se vive

sin interrupción. Si dejo de vivir un cuarto de hora, estoy muerto para siempre.

Tengo que vivir ininterrumpidamente esta vida interior de amor de Dios y mirar siempre en mí la hermosura de Dios y su real presencia.

Es verdad que Dios muchas veces se ha hecho sensible en amor a muchos Santos y les mostró algo de lo que es y con efectos extraordinarios. Pero no se aseguraban en esos efectos, sino en la fe y en las virtudes. *Un acto de humildad, dice San Juan de la Cruz, vale más que todas las revelaciones*, y todas las visiones *«no le pueden ayudar al amor de Dios tanto cuanto el menor acto de fe viva y esperanza, que se hace en el vacío y renunciación de todo»*.

Leo, siempre con nueva complacencia, la narración que hace Santa Teresa de Jesús de las mercedes tan extraordinarias que Dios la hizo, y admiro las misericordias del Señor para con su alma. Leo la explicación que San Juan de la Cruz hace en su *Cántico Espiritual*—que yo llamo cántico del cielo—, y me habla de los inenarrables regalos y gozos que Dios, el Amado, hace en el alma Amada y veo al alma salir en busca del Amado Dios, que la espera en la soledad y la hace anticipos de cielo. El alma se ve en la hermosura de Dios llena de la hermosura de Dios que Dios la ha comunicado y con un gozo como no puede darse en los bienes de la tierra. El alma se ve y se siente llena de Dios, pero

de paso. Es cuando lo ve todo como mares de amor y se ve ella anegada en el mar de amor de Dios.

Santa Teresa me dice que estando en la soledad interior, metida en la verdad de Dios y abstraída de todo, no se puede decir lo que vio y sintió ni lo podrá pensar quien no haya pasado por ello. Se la *representó cómo se ven en Dios todas las cosas y cómo las tiene todas en Sí.* Vio todas las cosas representadas en aquél claro diamante. Sólo quería pensar en aquella suma Verdad y el Señor la dijo: *ya eres mía y yo soy tuyo.* No puede decir la gloria que entonces sintió. Estaba allí todo junto cuanto se puede desear. Porque Dios es todo bien y entonces se hacia sentir como Sumo Bien. Todo lo demás es como nada junto a esto. Deja el alma desprendida de todo. *En un momento toda deuda paga y sabe a vida eterna*; dejando bien recompensados los trabajos pasados.

Leo en la vida de Santa María Magdalena de Pazzis algo de estas regaladas comunicaciones, que Dios la hizo sentir: *«no sabía, dice, si estaba muerta o viva, si en cuerpo o en alma, si en la tierra o en el cielo, más solamente veía a Dios todo glorioso en Sí mismo, amarse a Sí mismo puramente, conocerse a Sí mismo enteramente, ser capaz de Sí mismo infinitamente, amar a las criaturas puramente y con un amor infinito ser uno en unión de Trinidad, ser Trinidad indivisa en unidad y un Dios de amor in-*

finito en bondad, sumo, incomprensible e inescrutable.

»De modo que yo por estar en Dios no sentía cosa ninguna de mí, sino que solamente me veía en El, no viéndome a mí en mí, sino al mismo Dios al modo que es capaz de estos misterios una criatura vestida de carne mortal... Lo que gusté en esta abstracción no será posible que lo pueda decir... El amor unitivo me allegó y unió con Jesús dándome a conocer la grandeza y pureza de este amor en el modo que yo era capaz, mostrándome una cosa tan grande que no la acabo de entender. Jesús me dijo que me quería dar este modo de conocerle para que siempre le pudiese amar y amándole no me hartase jamás de amarle. Entendí también que me quería imprimir esto de tal manera en el corazón, que acordándome de ello siempre le amase y que me daba esta abstracción del corazón para que mi alma pudiese unirse mejor con su Divina Majestad.»

Ya recordé lo que escribía Santa Gertrudis sobre la visión que el Señor la hizo instruyéndola sobre la frase *vi el rostro de Dios* y lo que ella sintió. Sólo pondré aquí estas sus palabras mostrando su admiración: «*Oh, ¿y qué diré todavía de esta dulcísima visión, si es que puedo llamarla visión? Porque me parece que se agotaría en vano la elocuencia del mundo para describirme durante todos los días de mi vida este sublime e inusitado modo de contemplaros, incluso en la gloria celes-*

tial, si vuestra condescendencia, oh Dios mío, única salud de mi alma, no me lo hubiera enseñado con esta dichosa experiencia...

»Si la dulzura de vuestro beso sobrepuja... la dulzura de esta visión, es entonces verdaderamente necesaria la fuerza de lo alto para sostener a la criatura humana, porque sería imposible a un alma gozar de un favor semejante, aunque no durara nada más que por un momento, y continuar después unida a su cuerpo. En todo esto he saboreado más alegrías espirituales que todas cuantas satisfacciones hubiera podido proporcionar el mundo a mis sentidos, aunque le hubiera recorrido de Oriente a Occidente.»

¡Qué maravilloso es Dios haciéndose sentir dulcemente en los santos! No podían contener el gozo que en sí sentían. No es extraño que a Santa Angela de Foligno, cuando la veían con estos afectos, la llamaran *posesa*, pero era de Dios de quien estaba poseída, y que su rostro se pusiese como una rosa purpúrea y sus ojos ardientes como lámparas y su cabeza tuviese la magnificencia y el esplendor de los ángeles y se olvidase de comer y de beber.

San Bernardo, en el libro del *Amor de Dios*, escribe sobre estos efectos: «*Siento dentro de mi alma tan dulce sabor, tan regalado, tan confortador, que si del todo me poseyera, no buscaría ya otra cosa; pero gustándolo mi alma, no permites que pueda darme cuenta ni con los ojos del cuerpo, ni*

con el sentir del alma, ni aun con el entender de mi espíritu.» ¿Cómo van a compararse los gozos y alegrías de los bienes terrenos con estos que pone Dios en el alma? Estos ya parecen bienes de cielo y gloriosos.

Dios los hace pocas veces, porque las almas no nos disponemos como se lo dijo el Señor a Santa Teresa de Jesús: *«¡Ay hija, qué pocos me aman con verdad! ¡Que si me amasen, no les encubriría yo mis secretos!»*

Admiro esos regalos y mercedes que el Señor hizo sentir algunas veces a algunos de sus santos; pero la verdad es que Dios infinito, con toda esa grandeza y magnificencia, está todo en mi alma. Es el mismo y lo mismo que el que por modo tan maravilloso se les manifestaba a ellos gloriosamente. Está haciendo en mi alma la misma maravilla y poniendo la misma santidad que hacía y ponía en ellos. Lo vive mi alma, aun cuando no lo sienta. Dios está *todo junto en mí,* llenando e iluminando y perfeccionando todas las potencias de mi alma. Está empapándose de El, de su verdad, y obrando en mí la santidad. Me lo enseña así la fe. Por esto repito: *Dios mío, que yo esté Contigo y me deje amar de Ti.*

287. Cuando la tentación y la inconstancia sugieren dentro de mí que, puesto que no tengo la oración que yo pensaba tener, estoy perdiendo

tiempo mientras estoy en la oración, debo escuchar la enseñanza de la fe, que es el maestro más seguro, y la fe me dice con verdad infalible: no solamente no es tiempo perdido el tiempo que dedicas a la oración, sino que es el tiempo más útil y provecho, y estás haciendo lo más grande que puedes hacer: estás ofrecido a Dios y estás tratando directamente con Dios. Cuando te parece que no haces nada y que pierdes el tiempo, estás con Dios y esperando a Dios y negociando con Dios. Y Dios está haciendo en ti la obra más grande y maravillosa.

Continúa en tu oración seco y callado, esperando a Dios, y mira que Dios está dentro de ti, en tu misma alma, escondido y callado; está más íntimo a ti que tu misma imaginación y entendimiento, y déjate en su amor con constancia para que obre en ti la obra maravillosa y extraordinaria, que sólo El la sabe y la puede obrar; es la obra de la santidad y de la transformación en amor para unirte a El en amor sobrenatural. Si tú te retiras y no perseveras, Dios no puede obrar esa maravilla en ti sin ti. Esa maravilla la hace en silencio exterior e interior, en silencio de sentidos y de potencias; tú tienes que permanecer callado, atento y fiel. Cuando a ti menos se te ocurra qué hablar o qué pedir, más y más rápidamente obrará Dios. No dejes la oración, sino persevera en fe y en esperanza, que Dios aumentará la caridad. La oración no es grande por lo que tú hagas o pongas, sino

por lo que Dios hace y pone en ti. Déjate llenar de Dios y recibe su amor en silencio.

Dios está en la oración callada y seca, labrando el alma para hacer de ella el relicario, no para poner una reliquia insigne, sino para ponerse El mismo, con toda su infinita grandeza y perfección. Mira, alma mía, en ti a Dios infinito. Mira que has venido para ser suya y ponerte en sus manos. Mira que Dios omnipotente, naturaleza infinita y perfectísima, el Criador de todo, en las tres Personas divinas, Padre, Hijo y Espíritu Santo, Poder infinito, Sabiduría infinita y Amor infinito, quiere tomar posesión de ti y quiere dársete a Sí mismo y llenarte de El.

Leo admirado estas maravillas sensibles que el Señor ha hecho en muchas almas santas. Se las hizo a ellos para inflamarlos más en su amor y para que me animase yo a salir de todas las cosas y de mí mismo y me diese muy de verdad a vivir la vida espiritual e interior. Para que yo viviese a Dios, ya que en Dios vivo.

Si Dios hacía de las almas santas cielo, también quiere hacer de mi alma un hermosísimo cielo, si yo quiero y no lo impido.

En las *Crónicas del Carmen Descalzo* se escribe que en el siglo XVII vivía en Granada una religiosa muy santa, llamada Violante. Como ha hecho con otras santas, Jesús la tomó el corazón que ella le ofreció y se lo introdujo en su propio pecho y

su propio corazón le puso en el pecho de la religiosa, con los efectos extraordinarios de amor y de virtudes propios de Jesús. Volviendo la religiosa en sí después de una merced del Señor, que la había traspuesto, preguntó muy ingenuamente a su confesor: *«¿Tengo yo libertad?»*, pues se la había entregado al Señor. Y el confesor la dijo: *«Claro que tiene libertad y puede ofender a Dios.»* Y la religiosa se echó a llorar, recordando que, viendo lo que había visto y sentido, todavía podía pecar.

Quien ha sentido palpitar en su pecho el corazón de Jesús quiere vivir continuamente el mismo amor de Jesús y no hacer nada que no sea la voluntad de Jesús.

Estas mercedes sensibles ha hecho Dios a almas especiales. No se pueden comprar con nada ni pagar con nada tan altas y regaladas mercedes. Y ésta es también la altísima realidad; éste es el misterio insondable de amor que Dios está obrando en el alma fiel, especialmente en la oración. No coge Dios mi corazón y le mete en su pecho, ni coge su corazón y le mete en el mío. La fe me enseña una verdad más grande y amorosa que ésa. La fe me dice que Dios está poniendo en mi alma, en lo íntimo de mi alma, no un corazón de carne, sino su propio e infinito amor; está haciéndome participante por la gracia de su misma naturaleza, de sus mismas perfecciones infinitas, y toma este amor y esta pobreza mía para transformarlos en amor

suyo, para embellecer mi alma y unirla Consigo. Y lo realiza, no de modo glorioso ni de exhibición, sino calladamente, pero con infinita realidad, que veré y gozaré gloriosamente en el cielo.

Esto constituye la santificación. Esto se vive en todas las acciones de la vida. Por esto me aseguran los santos que lo que importa para poder recibirlo del Señor es mi fidelidad, la limpieza de mi alma, la prontitud y correspondencia de mi alma a las inspiraciones del Señor y mi constancia en la oración y en practicar las virtudes y la abnegación. Cuando Dios no encuentra mi alma constante, fiel y decidida, no puede obrar en ella las maravillas que desearía obrar y para lo que me había escogido y llamado.

288. Ya que me habéis llamado al recogimiento, oh Señor mío, para hacerme cielo, dadme la fidelidad en las obras y la fidelidad y constancia en la oración para que no solamente no impida yo tu obra, sino que me prepare cuanto está de mi parte y coopere a tu gracia. Sé que si yo coopero y me dejo en tus manos, harás de mi alma este relicario divinizado y este cielo de hermosura para venir Vos mismo a mí y tomar posesión de mí y unirme a Vos. Es la obra más excelsa y admirable que realizáis. Mucho más grande que la creación de los mundos y la continua dilatación y embellecimiento del universo. Es la obra de la santifica-

ción del alma, que supera incomparablemente a la creación de los seres.

Yo no sé hacerla. Sólo Vos podéis y queréis hacerla, pero no la hacéis sin mi esfuerzo, sin mi constante decisión y sin mi entrega. Depende de mí. Vos nunca os volvéis atrás en lo prometido.

Para realizar esta obra, la más delicada, la más primorosa y excelsa, ponéis en mí primero los deseos. Los deseos me trajeron a buscaros. Los deseos me llevan a la oración para estar con Vos. El deseo es la capacidad de lo que Dios hará y pondrá en el alma si no falta la cooperación. Los deseos son las alas, junto con la fe y el amor, para volar a esa atmósfera sobrenatural. Los deseos forman en mí el ambiente propicio y me despejan el horizonte para que vea lo que me prepara el Señor. Los deseos son la capacidad de amar y la medida de la santidad. Los deseos levantan el alma para practicar las virtudes y poder llegar a ser cielo de Dios según la voluntad divina. Y las virtudes agrandan los deseos. En estas almas obra Dios sus maravillas. Estas almas son la maravilla de Dios en la tierra y no deja el Señor de colmar sus deseos. Porque, como escribe fray Luis de Granada: «*No da Dios deseos a los suyos para atormentarlos, sino para cumplirlos y disponerlos para cosas mayores.*»

A los deseos llamaba Raimundo Lulio las *aldabadas del amor*, diciendo: «*Llamaba el Amigo a*

las puertas de su Amado con aldabadas de amor, y el Amado oía los toques del Amigo con humildad, piedad, paciencia y caridad. Abriéronse las puertas de la Divinidad y de la Humanidad y entró el Amigo a ver a su Amado» (*Libro del Amigo y del Amado*).

289. Lo que Dios hace en estas almas y lo que vienen a ser estas almas lo resume así San Juan de la Cruz: «*Dios hace merced aquí al alma de limpiarla y curarla... para irla vistiendo de nuevo... Lo cual no es otra cosa sino alumbrarle el entendimiento con la lumbre sobrenatural, de manera que de entendimiento humano se haga divino, unido con el divino; y, ni más ni menos, informarle la voluntad de amor divino, de manera que ya no sea voluntad menos que divina, no amando menos que divinamente, hecha y unida con la divina volutad y amor; y la memoria, ni más ni menos; y también las afecciones y apetitos todos mudados y vueltos según Dios, divinamente. Y así esta alma será ya alma del cielo, celestial y más divina que humana*» (*Noche*, II, XIII, 11).

Con esta limpieza que Dios hace en las potencias y en lo íntimo del alma hace, dice el mismo santo: «*Que vengan a quedar dispuestas y templadas todas estas potencias y apetitos del alma para poder recibir, sentir y gustar lo divino y sobrenatural alta y subidamente.*»

El alma se ve «*como en un inmenso desierto, que por ninguna parte tiene fin; tanto más deleitoso, sabroso y amoroso cuanto más profundo, ancho y solo, donde el alma se ve tan secreta cuanto se ve sobre toda temporal criatura levantada. Y tanto levanta entonces y engrandece este abismo de sabiduría el alma, metiéndola en las venas del amor, que la hace conocer, no sólo quedar muy baja toda condición de criatura acerca de este supremo saber y sentir divino, sino también echa de ver cuán bajos y cortos, y alguna manera impropios, son todos los términos y vocablos con que en esta vida se trata de las cosas divinas, y cómo es imposible por modo y vía natural, aunque más alta y sabiamente se hable en ellas, poder conocer y sentir de ellas como ellas son, sino con la iluminación de esta mística teología*» (*Noche*, lib. II, cap. XVII).

La idea que de Dios tiene el alma santa y fiel es tan alta y tan delicada y superior a todo conocimiento y a toda idea que sólo el mismo Dios puede infundirla y la enseña por la fe. El entendimiento del alma santa—aun en oscuridad—tiene más luz sobre Dios que toda la sabiduría de los sabios; y su voluntad—aun en la sequedad—recibe la mayor inflamación de amor. Dios hace del alma santa, aun en la tierra, un cielo. Por nadie ni por nada se cambia el alma santa.

290. ¡Qué vida tan maravillosa la de los santos! ¡Estaban envueltos en la luz y en la verdad de la fe, que les unía a Dios por el amor y las virtudes! Se miraban en Dios y llenos de Dios. Dios estaba y obraba en ellos.

En sus dolores y en sus pruebas interiores y exteriores encontraban a Dios. ¡Qué cielo tan hermoso era el alma de este mismo San Juan de la Cruz! ¡Cómo vivía a Dios dentro de su alma! No era tan admirable por lo que enseñaba como por lo que vivía. De tal manera vivía envuelto en Dios, en la luz y hermosura de Dios, que se abstraía y decía no estaba para tratar con nadie. No le interrumpían sus tratos con Dios los trabajos que realizaba, ni ayudando a los albañiles, ni enladrillando los suelos, ni los demás quehaceres. La holgazanería y perder tiempo sí apartan de Dios y enfrían; pero el trabajo une a Dios, como andaba unida con Dios Santa Teresa, a pesar de sus preocupaciones en levantar los edificios de los conventos y en los tratos con los hombres que trabajaban.

Tan envueltos andaban los dos en la luz del cielo que quedaron traspuestos en la conversación hablando de Dios. ¡Qué hermosura había en el alma de los santos y qué profundidad de conocimiento y amor de Dios! Lo gozaban de modo especial cuando Dios les abría las compuertas de su

benignidad y les mostraba *los tesoros escondidos* que anunció por Isaías.

San Pablo dice que *no sabe si en el cuerpo o fuera del cuerpo vio grandezas e inmensidades de hermosura que no podía expresar*. Santa Catalina de Sena nos dice que cuando ya pensaba entrar para vivir en la felicidad del cielo, cuyas melodías estaba oyendo, Dios la mandó volver a la tierra y lloraba sin consuelo recordando lo que había sido.

San Jerónimo describe los deleites con que Dios le regalaba en el desierto y tan delicados eran que le parecía estar entre los coros de los ángeles.

Santa Gertrudis se sentía deshacer toda en dulzura con las manifestaciones que Dios la hacía. Santa Teresa de Jesús le dice al Señor que ya no la cabe más felicidad en su pecho. ¿Quién no se maravilla leyendo tantas hermosuras como recibían de Dios muchos santos? ¿No eran ya cielo verdadero?

Si admiro a San Bernardo leyendo que en la dulzura que recibía de Dios salía tan de sí y se sentía tan en Dios que a durar no hubiera podido continuar viviendo, no me admira menos la escena de su entrada en la religión. Para disuadirle que entrara le dicen que muy bien puede ser santo en casa con sus padres y con sus bienes y no necesitaba abandonarlos. El Santo responde a sus hermanos que sí puede ser, pero que es más fácil